

INSTITUTO SACERDOS

Video conferencia

Martes 30 de junio de 2020

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

Hombres sanos para el servicio de Dios y de su pueblo

Presupuestos del joven que ingresa al Seminario

INTRODUCCIÓN

El hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón

(1Samuel 16, 7)

¹ *“El Señor dijo a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a estar lamentándote por Saúl, si yo lo he rechazado para que no reine más sobre Israel? ¡Llena tu frasco de aceite y parte! Yo te envío a Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos al que quiero como rey». ² Samuel respondió» «¿Cómo voy a ir? Si se entera Saúl, me matará». Pero el Señor replicó: «Llevarás contigo una ternera y dirás: "Vengo a ofrecer un sacrificio al Señor". ³ Invitarás a Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que debes hacer: tú me ungirás al que yo te diga».*

⁴ *Samuel hizo lo que el Señor le había dicho. Cuando llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron a su encuentro muy atemorizados, y le dijeron: «¿Vienes en son de paz, vidente?». ⁵ Sí, respondió él; vengo a ofrecer un sacrificio al Señor. Purifíquense y vengan conmigo al sacrificio». Luego purificó a Jesé y a sus hijos y los invitó al sacrificio.*

⁶ Cuando ellos se presentaron, Samuel vio a Eliab y pensó: «Seguro que el Señor tiene ante él a su ungido». ⁷ Pero el Señor dijo a Samuel: «No te fijas en su aspecto ni en lo elevado de su estatura, porque yo lo he descartado. Dios no mira como mira el hombre; porque el hombre ve las apariencias, pero Dios ve el corazón». ⁸ Jesé llamó a Abinadab y lo hizo pasar delante de Samuel, el cual dijo: «Tampoco a este ha elegido el Señor». ⁹ Luego hizo pasar a Sámá; pero Samuel dijo: «Tampoco a este ha elegido el Señor». ¹⁰ Así Jesé hizo pasar ante Samuel a siete de sus hijos, pero Samuel dijo a Jesé: «El Señor no ha elegido a ninguno de estos».

¹¹ Entonces Samuel preguntó a Jesé: «¿Están aquí todos los muchachos?». El respondió: «Queda todavía el más joven, que ahora está apacentando el rebaño». Samuel dijo a Jesé: «Manda a buscarlos, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que llegue aquí». ¹² Jesé lo hizo venir: era de tez clara, de hermosos ojos y buena presencia. Entonces el Señor dijo a Samuel: «Levántate y úngelo, porque es este»” (1 Samuel 16, 1-12).

Con base en este texto bíblico, fijémonos en Samuel. Samuel es una persona obediente, sabe seguir las indicaciones que Dios le da. Samuel sabe escuchar a Dios y unge solo aquel a quien Dios quiere, es decir, Samuel es un hombre que discierne. Tiene que aprender a discernir, a distinguir entre el querer de Dios y el querer humano, entre la mirada de Dios y la mirada humana, la mirada de Dios que es profunda y la mirada humana que es superficial y se queda en las apariencias. Primero Samuel tiene una mirada humana, y Dios lo corrige, lo educa, lo forma. Samuel es dócil y se deja formar por Dios.

Queridos formadores, los invito para que nos identifiquemos con Samuel. Si al Seminario y a las ordenes sagradas llegan candidatos que no son idóneos, la primera responsabilidad no recae sobre los candidatos, sino sobre aquellos que los recibieron o admitieron sin discernimiento o con un discernimiento mal hecho.

Como Samuel, nuestra mirada puede ser solamente humana y no alcanzar a identificarse con la mirada de Dios. Este es un don de Dios que debemos pedir, recibir y hacer fructificar. Pidamos el don del discernimiento. Que seamos capaces de discernir sobre nuestra propia vida para así poder discernir también sobre la vida de los otros.

Para tener esta mirada de Dios necesitamos, como Samuel, ser educados, formados y transformados. Dios nos sigue formando, directa e indirectamente. A través de la gracia que nos da cada día y a través de las personas que pone a nuestro lado, como el obispo, los hermanos sacerdotes, el director espiritual, el mismo pueblo de Dios. Hay que tener oídos y corazón bien educados para saber escuchar su voz y seguirla.

Por tanto, en el discernimiento vocacional una primera y fuerte exigencia recae sobre los formadores. Entiéndase por formador, no solamente el sacerdote que es destinado a un Seminario como miembro del equipo, sino todo sacerdote que con su palabra, testimonio y ejercicio ministerial, forma y acompaña al pueblo de Dios, y en este caso particular, a los jóvenes que están buscando si la vocación a la cual Dios los está llamando es al sacerdocio ministerial o a otro estilo de vida cristiana y discipular. Una primera actitud que se espera del sacerdote formador es que también esté en camino formativo. Formador que hoy no se está formando, se está deformando, y de paso deformando a los otros.

Tal formación no consiste meramente en cursos de actualización teológica, sino que debe ser una transformación constante de todo su ser: mente, corazón, sentimientos, actitudes, deseos, pensamientos, es decir, integral, que abarque las cuatro dimensiones existentes en toda la formación sacerdotal, no solo en la fase inicial, sino también en la permanente.

En la *dimensión humana*, se espera del formador, una suficiente madurez humana, capaz de establecer sanas relaciones interpersonales con el obispo, los hermanos sacerdotes, los seminaristas, y en general con todo el pueblo de Dios. En sus interacciones con los otros, sabe poner límites claros y flexibles. No usa los seminaristas para gratificar sus necesidades de dependencia afectiva. Tristemente no han faltado casos de abusos de poder, de conciencia y sexuales en los Seminarios, donde los formadores han sido los victimarios de sus seminaristas.

Si se espera madurez del seminarista, con mayor razón del formador. Si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el abismo. En su trato con los demás es abierto e imparcial. No tiene seminaristas preferidos. Las preferencias son un veneno en la formación. Es una persona que sabe trabajar en equipo, escucha a sus hermanos, se deja interpelar por ellos, es capaz de cambiar su punto de vista y alcanzar a ver como los otros ven,

admite la crítica y sabe ser crítico. Sabe aceptar una corrección; quien no se deja corregir, tampoco saber corregir a los demás. Es humilde para reconocer sus errores y cuando se ha equivocado, sabe pedir perdón.

En la *dimensión espiritual*, el formador tiene un trato íntimo con el Señor; ¿si no habla con Él de tú a tú, cómo va a saber cuáles son los candidatos que Dios ha elegido para que sean sus ministros? Su mirada y su corazón cada día se van transformando más y más para llegar a tener la mirada de Dios y no una mirada que se queda en las apariencias. Sabe discernir sobre su propia vida para poder discernir sobre la de los demás. Un medio concreto de discernimiento personal es la dirección espiritual. Un formador que no tiene director espiritual es un cristiano cojo. El formador es un discípulo dócil y disponible que cada día se deja transformar por la gracia de Dios; y con su vida y su testimonio forma a los otros. Hoy no se necesitan tantos discursos y palabras para formar a los otros, ayudan más las imágenes y los signos. Y el primer signo que se le puede ofrecer a los seminaristas es el propio testimonio.

En la *dimensión intelectual*, el formador es una persona con metodología que sabe acercar a otros a la verdad. Es un comunicador que sabe transmitir la verdad. Es un pedagogo que sabe acompañar procesualmente a los formandos, partiendo de la realidad personal de cada uno, conduciéndolos al crecimiento en los ideales y valores cristianos y sacerdotales. Para que los formandos crezcan, y crezcan no solo en sabiduría sino también en santidad, se necesita que el formador también esté creciendo. Donde no hay crecimiento hay pérdida de tiempo, de energías y de recursos.

En la *dimensión pastoral*, algo fundamental que se espera del formador es que sepa estar con el rebaño que se la ha confiado, sus seminaristas. Un formador que no está presente, descuida su misión. Se necesitan formadores de tiempo completo. Como pastor, conoce a sus seminaristas, y para conocerlos tiene que estar con ellos todo el tiempo, compartiendo la vida cotidiana: las clases, las comidas, el deporte, la oración. Siente a los seminaristas como a las ovejas que debe cuidar, alimentar, formar, dar la vida por ellas. Da sin esperar a cambio. Como Cristo, y ayudado por Él sabe hacer de su vida una ofrenda total, viviendo la gratuidad y la donación en la entrega diaria, a través de la misión confiada.

La pandemia que el mundo está viviendo ha dejado ver algunos aspectos de nuestra realidad personal, social, eclesial. Uno de ellos ha sido el grado de paternidad y cuidado pastoral que los formadores tienen por sus seminaristas. Gracias a Dios han sido muchos los Seminarios donde los formadores han sabido estar con los seminaristas, optando por quedarse en casa, en familia, es decir, en su propio Seminario, compartiendo una vida comunitaria rica e intensa de momentos, donde no solo se ha compartido la oración y la dirección espiritual o el acompañamiento personal, sino sobre todo la vida cotidiana, como el cuidado de la casa, la preparación de los alimentos, el deporte, la oración, etc. Hoy estos seminaristas que han sentido la cercanía del pastor que no los abandona y que en los momentos de dificultad está aún más presente, conservarán no solo la gratitud por lo que han recibido, sino también un modelo para imitar durante su futuro ministerio.

Con estos presupuestos en el formador, ahora sí podríamos pasar a hablar de los presupuestos en los candidatos al seminario mayor; y también lo vamos a hacer con base en las cuatro dimensiones de la formación sacerdotal. Tales presupuestos son básicos, es decir, que si bien no se han desarrollado plenamente, sí posee el mínimo requerido y el potencial suficiente para seguir creciendo en ellos.

I. Salud física y mental (*dimensión humana*)

- El candidato al Seminario mayor es un joven que posee una buena salud, come bien, duerme bien, puede moverse, llevar a cabo alguna actividad física, practicar un deporte.
- Es una persona activa, sabe gozar de los pequeños y grandes momentos que la vida le ofrece, no es insensible a lo que pasa a su alrededor, sabe ponerse en el puesto de otro para comprenderlo y ayudarlo.
- Es capaz de relacionarse con las demás personas, mayores y menores que él y de la misma edad; puede hacer amigos, sabe poner límites claros y flexibles en sus relaciones interpersonales;

cuando se presentan conflictos en sus interacciones sabe resolverlos.

- Es sereno y tranquilo en sus interacciones con hombres y mujeres.
- Se podría intuir que sería capaz de formar una familia, siendo un buen padre de familia y un buen esposo.
- Sabe poner al servicio de los demás lo que tiene, no solo lo material, sino también sus talentos y cualidades, permaneciendo abierto a recibir y aprender también de los otros aquello que le puede ayudar en su crecimiento integral.
- Sabe confiar en las demás personas, es capaz de confiarle a quien lo acompaña sus situaciones personales.
- Mentalmente es una persona lúcida, conectada con la realidad, sus percepciones y juicios de sí mismo, de los demás y del entorno en general, son suficientemente objetivos.
- Cuando se estresa no pierde el control de sí mismo.
- Es capaz de cumplir los compromisos que adquiere, desde las pequeñas cosas de cada día, como tender su cama, arreglar su habitación, cuidar su presentación personal, estar donde tiene que estar, en el modo y tiempo en que debe estar: comedor, capilla, aula, campo deportivo, etc.
- Su buena salud física y psíquica ha de ser avalada por los profesionales competentes en las respectivas áreas.

II. Iniciación cristiana (*dimensión espiritual*)

- El candidato al Seminario ha recibido los sacramentos de la iniciación cristiana y da muestras de haber sido iniciado en la fe y la vida cristiana.
- Se le nota gozo y alegría por sentirse llamado y ofrece signos claros y suficientes de una sincera búsqueda de la vocación a la cual Dios lo está llamando para dedicarse al servicio de los demás, en la Iglesia y por amor a Jesucristo y no como una fuga a experiencias humanas fallidas o como búsqueda de protagonismo social o eclesial, o un modo cómodo de vida.
- Se le ve gusto y atracción por la persona de Jesús.

- Ha alcanzado cierta conciencia de la vocación bautismal y demuestra que está en continua conversión, de acuerdo con su edad. No es un recién convertido a la fe cristiana.
- Refleja piedad y fervor en la participación frecuente de los sacramentos (Eucaristía y Reconciliación).
- Demuestra interés por la dirección o acompañamiento espiritual.
- Valora adecuadamente, de acuerdo con su edad, la vida de oración como camino de unión personal con Dios.
- Manifiesta interés por conocer y vivir la Palabra de Dios.
- Es capaz de presentar ágilmente la historia de su vocación y distinguir en ella los signos por los cuales, considera que Dios lo llama al sacerdocio ministerial.

III. Preparación básica escolar (*dimensión intelectual*)

- Ha cursado sus estudios de básicos secundarios, presentando el documento oficial que los avala.
- Da muestras de poseer suficientes capacidades intelectuales para enfrentar satisfactoriamente los estudios superiores.
- Tiene las habilidades suficientes para leer y escribir, comprensión de lectura y capacidad para expresarse de manera verbal y por escrito en un sentido lógico, sin graves dificultades de atención o aprendizaje.
- Muestra deseos y gusto por aprender y por afianzar la formación cristiana, a través del estudio, como un medio para servir al Señor en la Iglesia.

IV. Experiencia eclesial en la parroquia (*dimensión pastoral*)

- Refleja los indicios de un celo apostólico, fruto de una auténtica vocación.
- Tiene alguna vinculación con la vida parroquial, participando en la vida de comunidad o en alguno de los grupos apostólicos.
- Muestra interés en que todos los que lo rodean y el mundo entero conozcan y amen a Jesús.

- Refleja sensibilidad ante el sufrimiento de los pobres y necesitados y tiene capacidad para relacionarse con todos.
- Es capaz de trabajar en equipo, colaborar y cooperar, participando activamente, exponiendo sus propios puntos de vista, escuchando los de los otros y llegando a acuerdos.
- Tiene sentido de pertenencia y de memoria y gratitud por su propia gente. No se avergüenza de sus raíces familiares, sociales y culturales.

Dando una lectura a tales presupuestos, alguno podría pensar: “si estas son las exigencias, ninguno entraría al Seminario”. Al respecto, quisiera notar dos realidades: la primera, que estos presupuestos no se presentan plenamente desarrollados en el candidato, pero sí se poseen los recursos básicos, que reflejan la riqueza humana y espiritual que puede seguir desarrollándose y potencializándose. Y la segunda, no podemos pensar que estos requerimientos aparecen autónoma y automáticamente en el ser humano, ya que encontraremos jóvenes más dotados que otros en ciertas características, pero todos necesitados de acompañamiento y formación.

Por tal motivo, un requisito obligatorio antes de entrar al Seminario es que el joven haya vivido un periodo suficiente de acompañamiento personal y comunitario, a través de las instancias que la diócesis o el país ofrecen, en el ámbito de la pastoral vocacional (cfr. RFIS 13.15.18). Aquí se necesita el compromiso de todos los agentes comprometidos con la formación presbiteral, empezando por obispos, formadores de los Seminarios, responsables de la pastoral vocacional, presbiterio, párrocos, laicos, familias. Como dice la RFIS en el n. 13, retomado la PDV 34: “*La misión de la Iglesia consiste en «cuidar el nacimiento, el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, en especial de las vocaciones al sacerdocio»*” (RFIS, 13).

Si la tarea del primer discernimiento vocacional, que se lleva a cabo durante esta fase, se le deja solamente al responsable de la pastoral vocacional, será difícil ofrecerle al joven las herramientas necesarias que lo ayuden a crecer en aquello que el Seminario le exige antes de su ingreso; además, tampoco se podrá hacer un buen discernimiento que le ayude a encontrar el proyecto que Dios le está proponiendo para que lleve a cabo durante su vida.

CONCLUSIÓN

El Padre Dios desea llevar a cabo en cada uno de sus hijos el mejor proyecto para cada uno. Cuando se camina hacia tal proyecto, en el corazón humano hay plenitud, felicidad, autenticidad, la vida tiene sentido y es capaz de darle sentido a la vida de los demás. Al contrario, cuando en la vida se llevan a cabo los propios proyectos, sin tener en cuenta aquel que Dios ha diseñado, tarde o temprano, el corazón humano se aliena, no encuentra plenitud en su vida. Esto pasa con el sacerdocio ministerial. Si quien está llamando es Dios, el seminarista y después el sacerdote, vivirá con una paz de fondo, aun en medio de las dificultades que no faltarán, será capaz de gozar de los pequeños y grandes momentos que la vida le ofrece, las tribulaciones no lo echan para atrás, sino que le dan más fuerza para seguir adelante; pero si el sacerdocio ministerial es más un capricho o autollamado, se convertirá en un peso insoportable, imposible de vivir con autenticidad y plenitud y si más adelante no se toma la decisión de dejarlo, además de hacerse daño a sí mismo, también se lo causará al pueblo de Dios.

Por eso el discernimiento es un medio muy importante en el acompañamiento vocacional. El discernimiento vocacional es un proceso que no se lleva a cabo de la noche a la mañana. Exige tiempo, escucha, paciencia, docilidad, confrontación, maduración y purificación.

Recordemos algunos consejos prácticos que ofrece el Papa Francisco a los jóvenes: *“Cuando se trata de discernir la propia vocación, es necesario hacerse varias preguntas. No hay que empezar preguntándose dónde se podría ganar más dinero, o dónde se podría obtener más fama y prestigio social, pero tampoco conviene comenzar preguntándose qué tareas le darían más placer a uno. Para no equivocarse hay que empezar desde otro lugar, y preguntarse: ¿me conozco a mí mismo, más allá de las apariencias o de mis sensaciones?, ¿conozco lo que alegra o entristece mi corazón?, ¿cuáles son mis fortalezas y mis debilidades? Inmediatamente siguen otras preguntas: ¿cómo puedo servir mejor y ser más útil al mundo y a la Iglesia?, ¿cuál es mi lugar en esta tierra?, ¿qué podría ofrecer yo a la sociedad? Luego siguen otras muy realistas: ¿tengo las capacidades necesarias para prestar ese servicio?, o ¿podría adquirirlas y desarrollarlas?”* (Papa Francisco, *Christus Vivit*, 285).

Y el Papa continúa diciendo: *“Estas preguntas tienen que situarse no tanto en relación con uno mismo y sus inclinaciones, sino con los otros, frente a ellos, de manera que el discernimiento plantee la propia vida en referencia a los demás. Por eso quiero recordar cuál es la gran pregunta: Muchas veces, en la vida, perdemos tiempo preguntándonos: “Pero, ¿quién soy yo?”. Y tú puedes preguntarte quién eres y pasar toda una vida buscando quién eres. Pero pregúntate: “¿Para quién soy yo?”. Eres para Dios, sin duda. Pero Él quiso que seas también para los demás, y puso en ti muchas cualidades, inclinaciones, dones y carismas que no son para ti, sino para otros”* (Papa Francisco, *Christus Vivit*, 286).